

Ustedes
provocan su
propio
sufrimiento

por

Edward Bach

Primera publicación 1931

Edición © The Bach Centre, 2015.

Se permite la copia y la distribución de esta publicación sin fines comerciales siempre que no se modifique su contenido. Todos los demás derechos se encuentran reservados.

1.0

Traducido del inglés por Mariana de Aguiar.

The Dr Edward Bach Centre
Mount Vernon
Bakers Lane
Brightwell-cum-Sotwell
Oxon OX10 0PZ
United Kingdom

Nota del editor

Este texto fue impreso por Dorling & Co. (Epsom) Ltd., en Epsom, Surrey, como un cuadernillo de dieciséis páginas. Contiene una charla que el Dr. Edward Bach presentó a la sociedad homeopática de Southport, Lancashire, en febrero de 1931. La charla coincide con la primera publicación del libro de Bach sobre la filosofía de curación y salud, *Cúrese Usted Mismo*.

Stefan Ball
Bach Centre, 2015

Ustedes provocan su propio sufrimiento

por

Edward Bach

No me resulta fácil dirigirme a ustedes esta noche.

Ustedes pertenecen a una sociedad médica, y yo vengo como médico; sin embargo, la medicina que quiero explicar es diferente a los puntos de vista ortodoxos actuales, por lo que esta presentación distará mucho de lo que se ve en el consultorio, en un hogar de ancianos, o en la guardia de un hospital como lo conocemos en la actualidad.

Si no fuese que ustedes, como seguidores de Hahnemann, ya están muy avanzados respecto a los que predicán las enseñanzas de Galeno y la medicina ortodoxa de los últimos dos mil años, tendría miedo de hablarles.

Pero las enseñanzas de su gran Maestro y sus seguidores han arrojado tanta luz respecto a la naturaleza de la enfermedad y han allanado gran parte del camino que conduce a la curación adecuada, que sé que están preparados para avanzar junto conmigo, y conocer más sobre los beneficios de la salud perfecta, la verdadera naturaleza de la enfermedad y su cura.

La inspiración que recibió Hahnemann trajo luz a la humanidad en la oscuridad del materialismo, cuando el hombre había llegado a considerar que la enfermedad era un problema puramente material que podía aliviarse y curarse sólo a través de medios materiales.

Él, al igual que Paracelso, sabía que si nuestros aspectos espirituales y mentales estaban en armonía, la enfermedad no podía existir, y fue en busca de remedios que trataran nuestra mente y que nos trajeran paz y salud.

Hahnemann logró un gran avance y nos llevó un largo trecho por ese camino, pero sólo contó con lo que dura una vida para trabajar, y somos nosotros quienes debemos continuar sus investigaciones en donde él las dejó: para agregar más a la estructura de curación perfecta para la que sentó las bases y dignamente empezó a construir.

El homeópata ya ha hecho caso omiso a muchos aspectos innecesarios y sin importancia de la medicina ortodoxa, pero tiene mucho más por recorrer. Sé que ustedes necesitan mirar hacia adelante, porque ni los conocimientos del pasado ni del presente son suficientes para el buscador de la verdad.

Paracelso y Hahnemann nos enseñaron a no prestar demasiada atención a los detalles de la enfermedad, sino a tratar la personalidad, al hombre interior, y a darnos cuenta de que si nuestra naturaleza espiritual y mental estaba en armonía, la enfermedad desaparecería. La gran base de su edificio es la enseñanza fundamental que debemos continuar.

Hahnemann luego observó cómo lograr esta armonía y descubrió que entre las drogas y los remedios de la vieja

escuela, y entre los elementos y las plantas que él mismo seleccionaba, podía revertir su acción mediante la potenciación, para que la misma sustancia que provocaba envenenamientos y síntomas de enfermedad pudiera – en cantidades mínimas – curar esos síntomas cuando se preparaba con sus métodos especiales.

De esta manera formuló la ley de “lo similar cura lo similar”: otro gran principio fundamental de la vida. Y nos dejó seguir con la construcción del templo, cuyos planos iniciales le habían sido revelados.

Y si seguimos con esta línea de pensamientos, la primera conclusión a la que llegamos es la verdad de que la enfermedad misma se rige por el principio de que “lo similar cura lo similar”: porque la enfermedad es el resultado de una actividad equivocada. Es la consecuencia natural de la falta de armonía entre nuestro cuerpo y Alma: “lo similar cura lo similar” porque es la enfermedad misma que pone trabas e impide que nuestras acciones equivocadas lleguen muy lejos y, a la vez, es una lección que nos enseña a corregir nuestros caminos, y armonizar nuestras vidas con los dictados del Alma.

La enfermedad es el resultado de malos pensamientos y malos accionares, y cesa cuando la acción y el pensamiento se ordenan. Cuando se aprende la lección del dolor y el sufrimiento, no tiene razón de ser y desaparece automáticamente.

Esto es lo que Hahnemann vio de manera incompleta como “lo similar cura lo similar”.

Avancemos en el camino.

Se nos abre otro magnífico camino, y aquí vemos que se puede lograr una verdadera curación, no con el error repeliendo al error, sino con lo correcto reemplazando al error; el bien reemplazando al mal, la luz reemplazando a la oscuridad.

Y aquí llegamos a comprender que ya no peleamos a la enfermedad con la enfermedad; ya no nos oponemos a la enfermedad con los productos de la enfermedad; ya no intentamos expulsar los padecimientos con las sustancias que puedan llegar a causarlos, sino todo lo contrario, recurriremos a la virtud opuesta que eliminará el defecto.

Y la farmacopea del futuro cercano sólo incluirá remedios que tengan la facultad de proporcionar lo bueno y eliminará a todos aquellos cuya única cualidad sea resistir al mal.

Es verdad que el odio podría conquistarse con un odio mayor, pero sólo puede curarse con amor; la crueldad podría prevenirse con una mayor crueldad, pero sólo se eliminará cuando se hayan desarrollado las cualidades de empatía y compasión; podrá perderse y olvidarse un miedo en presencia de un mayor miedo, pero la verdadera cura para todos los miedos es el perfecto coraje.

Entonces ahora nosotros, los de esta escuela de medicina, hemos volcado nuestra atención a estos hermosos remedios puestos de manera Divina en la naturaleza para nuestra curación, entre las benefactoras y bellísimas plantas y hierbas del campo.

Obviamente, es básicamente erróneo decir que “lo similar cura lo similar”. Hahnemann tenía un concepto correcto, pero lo expresó de forma incompleta. Lo similar puede fortalecer a lo similar, lo similar puede repeler a lo similar, pero en el verdadero sentido de curación lo similar no puede curar a lo similar.

Si ustedes escuchan las enseñanzas de Krishna, Buda o Cristo, siempre encontrarán que el bien supera al mal. Cristo nos enseñó a no resistir el mal, a amar a nuestros enemigos, a bendecir a los que nos oprimen – aquí lo similar no cura lo similar. Es así que en la verdadera curación y el avance espiritual, siempre debemos buscar el bien para eliminar el mal, el amor para conquistar el odio, y a la luz para disipar la oscuridad. Así debemos evitar todo tipo de veneno, todo tipo de cosas nocivas, y sólo usar lo beneficioso y hermoso.

Sin duda Hahnemann, con su método de potenciación, intentó convertir lo malo en bueno, el veneno en virtud, pero resulta más sencillo usar directamente los remedios bellos y virtuosos.

La curación, al estar por encima de todo lo material y de las leyes materiales, Divina en su origen, no está ligada por ninguna de nuestras convenciones o estándares ordinarios. En esto tenemos que elevar nuestros ideales, nuestros pensamientos, nuestras aspiraciones hacia estos reinos gloriosos y nobles que nos enseñan y muestran los Grandes Maestros.

No piensen por ningún momento que uno está desmereciendo la obra de Hahnemann, todo lo contrario, el señaló las leyes fundamentales, la base; pero sólo tenía una

vida, y si hubiese continuado su obra, sin duda habría progresado de acuerdo con estos lineamientos. Nosotros simplemente estamos avanzando con su obra y llevándola a la próxima etapa natural.

Veamos ahora por qué la medicina debe cambiar indefectiblemente. La ciencia de los últimos dos mil años ha considerado a la enfermedad como un factor material que puede eliminarse mediante medios materiales: eso, por supuesto, es totalmente erróneo.

La enfermedad del cuerpo, como la conocemos, es un resultado, un producto final, una etapa final de algo mucho más profundo. La enfermedad se origina por encima del plano físico, más cerca de la mente. Es totalmente el resultado de un conflicto entre nuestro Yo espiritual y nuestro Yo mortal. Mientras estos dos estén en armonía, gozaremos de una perfecta salud; pero cuando hay desacuerdo, aparece lo que conocemos como enfermedad.

La enfermedad es pura y exclusivamente correctiva, no es vengativa ni cruel, sino el medio que adoptó nuestra Alma para marcar nuestros defectos, para evitar que cometamos errores mayores, para poner trabas a fin de que evitemos provocar un daño mayor, y para volver a llevarnos hacia el camino de la Verdad y de la Luz del que nunca debimos apartarnos.

La enfermedad existe en realidad por nuestro bien, y es beneficiosa, aunque debemos evitarla si logramos una correcta comprensión, combinada con el deseo de hacer el bien.

Sean cuales fueren nuestros errores, reacciona sobre nosotros, causándonos infelicidad, incomodidad, o sufrimiento, según su naturaleza. El objetivo es enseñarnos el efecto perjudicial de nuestras malas acciones o pensamientos; y, al producir resultados similares sobre nosotros mismos, nos muestra cómo causa sufrimiento a los demás, y por lo tanto, contradice a la Gran Ley Divina de Amor y Unidad.

Para el médico entendido, la enfermedad en sí marca la naturaleza del conflicto.¹ Tal vez esto llegue a comprenderse mejor con ejemplos que aclaren que no es importante la enfermedad que se sufra, es porque existe una falta de armonía entre ustedes y la Divinidad interior, y que están cometiendo algún tipo de falta o error, que su Ser Superior intenta corregir.

El dolor es el resultado de la crueldad que causa dolor a otros, y puede ser mental o física, pero pueden estar seguros de que si sufren de algún dolor, si tan sólo buscan dentro de ustedes, descubrirán que alguna acción o pensamiento severo se encuentra presente en su naturaleza; elimínenlo, y cesará el dolor. Si sufren de rigidez en las articulaciones o

1 En este párrafo y en el siguiente – y en las secciones correspondientes del *Cúrese Usted Mismo* – Bach relacionó síntomas físicos específicos con ciertas emociones negativas. Sin embargo, se dio cuenta que estas relaciones eran poco fiables en la práctica y cambió su punto de vista para cuando escribió sus últimos descubrimientos en *Los Doce Curadores y Otros Remedios*: “Como la mente es la parte más delicada y sensible del cuerpo, muestra el comienzo y el curso de la enfermedad de forma más clara que el cuerpo, por lo que la actitud de la mente se elige como la guía para saber el o los remedios necesarios. No presten atención a la enfermedad, sólo piensen en la actitud en la vida de la persona que sufre”.

extremidades, pueden estar igualmente seguros de que hay rigidez en sus mentes, se están aferrando con rigidez a una idea, principio o costumbre. Si sufren de asma, o de alguna dificultad respiratoria, de algún modo están reprimiendo a otra personalidad; o les falta coraje para hacer el bien, se están sofocando. Si derrochan, están permitiendo que alguien impida que la propia fuerza vital de ustedes entre en sus cuerpos. Incluso la parte afectada del cuerpo indica la naturaleza del defecto. La mano indica fracaso o mal accionar; el pie, imposibilidad de ayudar a otros; el cerebro, la falta de control; el corazón, una deficiencia o exceso, o un mal accionar en relación al amor; el ojo, la imposibilidad de ver correctamente y comprender la verdad que aparece delante de ustedes. Y así sucesivamente, se puede determinar exactamente la razón y naturaleza de una enfermedad: la lección que necesita aprender el paciente y la corrección correspondiente.

Detengámonos por un momento en el hospital del futuro.

Será un santuario de paz, esperanza y alegría. Sin apuros, sin ruidos, sin los aterradores aparatos que se utilizan hoy, sin olor a antisépticos o anestesia, sin todo aquello que sugiera enfermedad o sufrimiento. No se tomará constantemente la temperatura del paciente para molestarlo mientras descansa; no habrá exámenes a diario con estetoscopios y golpeteos que impriman la naturaleza de la enfermedad en la mente del paciente. No se tomará el pulso en forma constante para sugerir que el corazón late muy rápido. Ya que todo esto altera el ambiente de paz y calma necesarios para la pronta recuperación del paciente. Tampoco serán necesarios los

laboratorios, ya que el examen minucioso y microscópico en detalle ya no será importante cuando realmente se comprenda que se debe tratar al paciente y no a la enfermedad.

El objeto de toda institución será generar un ambiente de paz, esperanza, alegría y fe. Se hará todo lo posible para alentar al paciente a olvidar su enfermedad, a luchar por la salud y a la vez, corregir cualquier defecto de su naturaleza, y lograr comprender la lección que debe aprender.

Todo lo que se encuentre en el hospital del futuro será inspirador y hermoso, para que el paciente busque ese refugio, no sólo para encontrar alivio a su padecimiento, sino también para desarrollar el deseo de vivir una vida de mayor armonía con los dictados del Alma como nunca antes lo había experimentado.

El hospital será la madre de los enfermos, los tendrá en sus brazos, los tranquilizará y consolará, y les traerá esperanza, fe y coraje para superar las dificultades.

El médico del mañana se dará cuenta que él no es el que tiene el poder de curar, pero si dedica su vida al servicio de sus hermanos y hermanas, a estudiar la naturaleza humana para que, en parte, pueda comprender su significado;² a desear de todo corazón aliviar el sufrimiento, y a dejar todo para ayudar al enfermo; entonces, a través de él se enviará el

2 Aquí también el punto de vista de Bach cambió para cuando concluyó sus investigaciones de los remedios florales. En vez del estudio y dedicación, recomendó un enfoque muy sencillo: “No se necesita ningún tipo de ciencia, ni conocimiento, más allá de los métodos simples descriptos... y los que lograrán los mayores beneficios de este Regalo de Dios serán los que lo mantengan puro como es; libre de toda ciencia, libre de teorías, porque todo en la Naturaleza es simple”.

conocimiento que los guíe, y el poder de curación para alivianar el dolor. Y aún así, su poder y habilidad para ayudar será proporcional a la intensidad de su deseo y su voluntad de servicio. Entenderá que la salud, así como la vida, pertenece a Dios, y sólo a Dios. Que él y los remedios que usa son meros instrumentos y agentes en el Plan Divino para ayudar al que sufre a volver al camino de la Ley Divina.

No le interesará la patología o la mórbida anatomía, ya que estudiará la salud. No será relevante, por ejemplo, saber si la falta de aire se debe al bacilo de la tuberculosis, el estreptococo, o cualquier otro organismo: lo realmente importante será saber por qué el paciente tiene dificultad para respirar. No importará saber cuál de las válvulas del corazón se encuentra dañada, pero será vital darse cuenta de qué forma el paciente desarrolla su aspecto afectivo de manera equivocada. Ya no se usarán los rayos X para examinar una articulación artrítica, sino una investigación sobre la mente del paciente para descubrir su rigidez mental.

El diagnóstico de la enfermedad ya no dependerá de los signos y síntomas físicos, sino en la habilidad del paciente para corregir sus defectos y entrar en armonía con su Vida Espiritual.

La formación del médico consistirá en un estudio profundo de la naturaleza humana; la comprensión cabal de lo puro y perfecto; el entendimiento del estado Divino del hombre; y el conocimiento sobre cómo ayudar a que aquellos que sufren puedan armonizar sus conductas con sus Seres Espirituales, para que puedan traer concordancia y salud a sus personalidades.

Deberá ser capaz, teniendo en cuenta la vida y la historia del paciente, de entender cuál es el conflicto que causa la enfermedad o la falta de armonía entre el cuerpo y el Alma, y de esta manera ofrecerá el consejo y el tratamiento necesarios para alivio del que sufre.

También deberá estudiar la Naturaleza y sus Leyes, estar familiarizado con sus Poderes Curativos, para poder utilizarlos en beneficio y provecho del paciente.

El tratamiento del mañana tendrá como objetivo esencial brindar cuatro cualidades al paciente.

Primero: paz; segundo: esperanza; tercero: alegría; y cuarto: fe.

Y todo el entorno y la atención perseguirán este fin. Rodear al paciente de un ambiente de salud y luz para alentar la recuperación. A la vez, una vez diagnosticados los defectos del paciente, se les señalarán y se le dará asistencia y aliento para que logre superarlos.

Además, estos bellos remedios, que han sido enriquecidos con poderes curativos de manera Divina, serán administrados, para abrir canales que admitan más luz del Alma, para que el paciente se vea inundado por la virtud curativa.

La acción de estos remedios es la de elevar nuestras vibraciones y abrir nuestros canales para lograr la recepción de nuestro Ser Espiritual, inundar nuestras naturalezas con la virtud particular que necesitamos, y eliminar el defecto que nos causa daño. Ellos tienen la capacidad, así como la bella música, o una gloriosa inspiración, de elevar nuestra propia

naturaleza, y acercarnos a nuestra Alma; y mediante dicho acto, traer paz y alivio a nuestros sufrimientos.

Curan, no atacando a la enfermedad, sino inundando nuestros cuerpos con las hermosas vibraciones de nuestra Naturaleza Superior, en cuya presencia la enfermedad se derrite como la nieve al sol.

Finalmente, veamos cómo deben cambiar la actitud del paciente respecto a la enfermedad y la salud.

Deberá desterrarse el pensamiento de que el alivio se puede obtener mediante el pago de oro o plata. La salud, así como la vida, es de origen Divino y sólo puede lograrse a través de Medios Divinos. Podrá parecer que el dinero, los lujos, los viajes, logran comprar una mejora en nuestro ser físico, pero estas cosas nunca pueden darnos una salud verdadera.

El paciente del mañana deberá entender que él, y sólo él, puede lograr el alivio a su sufrimiento, aunque puede recibir el consejo y la ayuda de un hermano mayor que lo asistirá en su esfuerzo.

La salud existe cuando hay perfecta armonía entre el Alma, la mente y el cuerpo, y esta y sólo esta armonía, deberá alcanzarse antes de lograr la cura.

En el futuro nadie se sentirá orgulloso de estar enfermo, todo lo contrario, la gente se sentirá tan avergonzada de estar enferma, como lo estaría de haber cometido un delito.

Y ahora quisiera explicar dos razones que probablemente provoquen más enfermedad en este país que cualquier otra causa: la codicia y la idolatría.

La enfermedad, por supuesto, nos es enviada como corrección. Somos nosotros mismos quienes la provocamos; es el resultado de nuestras propias acciones y pensamientos erróneos. Si logramos corregir nuestros defectos y vivir en armonía con el Plan Divino, la enfermedad nunca nos atacará.

En esta, nuestra civilización, la codicia ensombrece todo. Existe codicia por la riqueza, por un rango, por una posición, por honores del mundo, por la comodidad, por la popularidad; sin embargo, no es de esto de lo que quisiera hablarles, porque incluso estos casos, en comparación, son inofensivos.

La peor de todas las codicias es la de poseer a otra persona. Es cierto que es tan común entre nosotros que hasta casi se lo considera bueno y adecuado; no obstante, no mitiga el mal, porque el ansia de poseer o tener influencia sobre otro individuo o sobre su personalidad, es usurpar el poder de nuestro Creador.

¿Cuántas personas pueden nombrar entre sus amigos o parientes que sean realmente libres? ¿Cuántos de ellos no se encuentran ligados o influenciados o controlados por algún otro ser humano? ¿Cuántos de ellos pueden decir día a día, mes a mes, y año a año: “Yo obedezco a los dictados de mi Alma, y no me siento influenciado por otras personas?”

Y sin embargo, cada uno de nosotros es un Alma libre, responsable sólo ante Dios por nuestras acciones, e incluso por nuestros pensamientos más íntimos.

Posiblemente la lección más importante es aprender a ser libres: de las circunstancias, del entorno, de otras

personalidades, y principalmente de nosotros mismos, porque hasta no ser libres, no podremos dar y servir a nuestros hermanos completamente.

Recuerden que si atravesamos una enfermedad o dificultad, si estamos rodeados de familiares o amigos que puedan molestarnos; si vivimos entre los que nos gobiernan y se nos imponen, que interfieren con nuestros planes y obstaculizan nuestro progreso, es por propia decisión; es porque aún dentro nuestro queda una marca que impide la libertad de alguien; o la falta de coraje para reclamar nuestra propia individualidad, nuestro derecho de nacimiento.

En el momento en que nosotros mismos hayamos dado total libertad a todos los que nos rodean; cuando ya no tengamos el deseo de atar y limitar; cuando ya no esperemos nada de nadie, cuando nuestro único pensamiento sea el de dar y dar y nunca tomar, en ese momento descubriremos que somos libres de todo, caerán nuestros lazos, se romperán nuestras cadenas, y por primera vez en nuestras vidas conoceremos la exquisita alegría de la perfecta libertad. Libres de cualquier limitación humana, estaremos con voluntad y alegría únicamente al servicio de nuestro Yo Superior.

Se ha desarrollado tanto el impulso posesivo en Occidente que está necesitando una gran enfermedad antes de que las personas reconozcan el defecto y corrijan sus maneras de proceder; y de acuerdo con la severidad y el tipo de dominio respecto a otros, deberemos sufrir mientras continuemos usurpando un poder que no le pertenece al hombre.

La libertad absoluta es nuestro derecho de nacimiento, y sólo podemos conseguirla cuando garantizamos la libertad

hacia cada Alma viviente que se presente en nuestras vidas. Porque realmente cosechamos lo que sembramos, y verdaderamente “en la medida que compartimos, así se nos repartirá”.

Del mismo modo en que condicionemos la vida de otra persona, sea joven o vieja, esto tendrá repercusión sobre nosotros. Si limitamos sus actividades, podremos descubrir que nuestros cuerpos están limitados por la rigidez. Si además les causamos dolor y sufrimiento, debemos estar preparados para soportar lo mismo, hasta que hayamos reparado la situación; y no existe enfermedad, ni la más severa, que no necesite revisar nuestras acciones y modificar nuestro proceder.

Para los que sufren en manos de otro, tomen valor; esto significa que han avanzado lo suficiente como para aprender a ganar la propia libertad, y el dolor y sufrimiento que están soportando les está enseñando a corregir sus propios defectos, y en cuanto se den cuenta del defecto y lo corrijan, se terminarán sus problemas.

La forma de comenzar a realizar esta tarea es actuar con dulzura, nunca con un pensamiento o palabra o acción que lastime a otro. Recuerden que todos están trabajando por su propia salvación; van por la vida para aprender las lecciones a fin de alcanzar la perfección de sus propias Almas, y deben hacerlos por sí mismos, deben realizar sus propias experiencias, aprender las dificultades del mundo, y con sus propios esfuerzos, encontrarán el camino que los lleve a la cima. Lo máximo que podemos hacer, cuando alcanzamos un mayor conocimiento y experiencia que un hermano menor, es

guiarlo de manera muy gentil. Si nos escuchan, estará bien; de lo contrario, deberemos esperar pacientemente hasta que adquieran una mayor experiencia para poder enseñarles su defecto, y luego podrán recurrir a nosotros nuevamente.

Debemos esforzarnos por ser tan gentiles, serenos, pacientemente serviciales para movernos entre nuestros semejantes como una brisa de aire o un rayo de sol, siempre dispuestos a ayudar a aquel que nos lo pide, pero nunca forzarlos a que adopten nuestros puntos de vista.

Ahora quisiera hablarles de otro serio impedimento hacia la salud, que es muy común hoy en día, y uno de los mayores obstáculos que enfrentan los médicos en su tarea de sanar. Un obstáculo que es una forma de idolatría. Cristo dijo: “no podéis servir a Dios y a Mammón”, y sin embargo el servicio a Mammón es uno de nuestros más grandes tropiezos.

Hubo una vez un ángel, un ángel glorioso y magnífico, que se apareció ante San Juan, y San Juan cayó en adoración y lo alabó. Pero el Ángel le dijo: “Aunque no lo veáis, yo soy tu servidor y el de tus hermanos. Adora a Dios”. Y sin embargo hoy, cientos de miles de nosotros en vez de adorar a Dios, o siquiera a un ángel poderoso, adoramos a un ser humano. Puedo asegurarles que una de las mayores dificultades a superar se da cuando una persona que sufre adora a otro mortal.

Qué común es la expresión: “Debo preguntarle a mi padre, a mi hermana, a mi marido”. ¡Qué tragedia! Pensar que un Alma humana, que esté desarrollando su evolución Divina, debería detenerse a pedir permiso a un compañero de ruta. ¿A

quién imagina que le debe su origen, su ser, su vida – a un compañero de ruta o a su Creador?

Debemos comprender que respondemos por nuestras acciones y nuestros pensamientos ante Dios y sólo ante Dios. El ser influenciado, el obedecer a los deseos, o el considerar los deseos de otro mortal es verdadera idolatría. Su castigo es severo: nos ata con cadenas, nos encierra en prisiones, restringe nuestra propia vida; y así debe ser, porque es lo que merecemos, si escuchamos los dictados de un ser humano, cuando la totalidad de nuestro ser debería acatar a un único mandato – el de nuestro Creador, Quien nos dio vida y comprensión.

Estén seguros de que aquél que considere a su esposa, su hijo, su padre, o su amigo por encima de su deber, es un ídólatra, que sirve a Mammón y no a Dios.

Recuerden las palabras de Cristo: “¿Quién es mi madre y quienes son mis hermanos?”, lo que implica que incluso todos nosotros, pequeños e insignificante como somos, estamos aquí para servir a nuestros semejantes, a la humanidad, al mundo todo, y nunca, ni por un mínimo instante, debemos actuar bajo los dictados y mandatos de otro ser humano contra los motivos que sabemos que son los dictados de nuestra Alma.

Sean los capitanes de sus Almas, los maestros de su destino (lo que significa, dejen que sus propios seres se gobiernen y guíen completamente, sin dejarse obstaculizar por otra persona o circunstancia, sino por la Divinidad dentro de ustedes), siempre viviendo de acuerdo a las leyes de Dios y respondiendo sólo a Él, a Aquel que les dio la vida.

Todavía queda un punto por mencionar. Recuerden siempre el precepto que Cristo les dejó a Sus discípulos: “No resistan al mal”. La enfermedad y el mal no se conquistan con la lucha directa, sino reemplazándolos con el bien. La oscuridad se ahuyenta con la luz, no con una mayor oscuridad; el odio con el amor; la crueldad con la empatía y compasión; la enfermedad con la salud.

Nuestro objetivo es darnos cuenta cuáles son nuestros defectos y esforzarnos por desarrollar la virtud contraria y así el defecto desaparecerá de nosotros como se derrite la nieve al sol. No luchen contra sus preocupaciones; no peleen con la enfermedad; no forcejeen contra sus dolencias; en todo caso olvídense de ellas y concéntrense en el desarrollo de la virtud necesaria.

Y ahora, para resumir, podemos ver el importante lugar que ocupará la homeopatía en la conquista de la enfermedad en el futuro.

Ahora que hemos comprendido que la enfermedad misma responde a la ley de “lo similar cura lo similar”, que nosotros mismos la provocamos, para que nosotros la corriamos y para nuestro bien último; y que podemos evitarla sólo si aprendemos las lecciones necesarias y corregimos nuestros defectos antes de que sea precisa una lección de sufrimiento más severa. Esta es la continuación natural de la gran obra de Hahnemann, la secuencia de esa línea de pensamiento que a él se le reveló, y que nos lleva un paso adelante hacia la comprensión perfecta de la enfermedad y la salud, y es el paso para unir la brecha entre lo que él nos dejó y el amanecer del día en que la humanidad haya alcanzado el estado de

superación en el que pueda recibir directamente la gloria de la Sanación Divina.

El médico experimentado, al seleccionar correctamente los remedios de las beneficiosas plantas de la naturaleza, enriquecidas y bendecidas de forma Divina, podrá asistir a sus pacientes para poder abrir aquellos canales que les permitan una mayor comunión entre el Alma y el cuerpo, y en consecuencia, el desarrollo de las virtudes necesarias para eliminar los defectos. Esto ofrece a la humanidad la esperanza de salud real combinada con una superación mental y espiritual.

Será necesario que los pacientes estén preparados para enfrentar la verdad, que la enfermedad se debe pura y exclusivamente a los defectos en su interior, tal como la paga del pecado es la muerte. Deberán tener el deseo de corregir esos defectos, de vivir una vida mejor y más útil, y de darse cuenta que la sanación depende de sus esfuerzos, aunque deban ir al médico para que los guíe y los asista.

La salud ya no puede obtenerse mediante el pago de oro, así como un niño no puede comprar su educación; ninguna suma de dinero puede enseñar al alumno a escribir, él debe aprenderlo por sí mismo, guiado por un maestro experimentado. Lo mismo sucede con la salud.

Existen dos grandes mandamientos: “Amar a Dios y al prójimo”. Permitámonos desarrollar nuestra individualidad y lograremos la total libertad para servir a la Divinidad dentro de nosotros, y sólo esa Divinidad, y demos libertad absoluta a los demás, y sirvámoslos en la medida de nuestras posibilidades, según los dictados de nuestras Almas, siempre

recordando que a medida que aumenta nuestra propia libertad, crecen las posibilidades de servir a nuestros semejantes.

De este modo, debemos enfrentar el hecho de que somos nosotros los que provocamos nuestra enfermedad en su totalidad, y que la única sanación consiste en curar nuestros defectos. Toda verdadera curación tiene como objetivo ayudar al paciente a que su Alma, mente y cuerpo alcancen la armonía. Esto sólo lo puede lograr uno mismo, aunque el consejo y la asistencia de un hermano experto pueden resultar de gran ayuda.

Como estableció Hahnemann, toda curación que no provenga de nuestro interior, es perjudicial, y la cura aparente del cuerpo que se obtiene mediante métodos materialistas, sólo mediante la acción de los demás, sin la auto ayuda, podrá brindar un alivio físico, pero dañará a nuestras Naturalezas Superiores, ya que la lección sigue sin haber sido comprendida, y el defecto no se ha erradicado.

Es terrible hoy pensar en la cantidad de curas artificiales y superficiales que se obtienen con dinero y con los métodos erróneos de la medicina; métodos erróneos porque simplemente suprimen los síntomas, brindan un alivio aparente, sin eliminar la causa.

La curación debe provenir de uno, mediante el reconocimiento y la corrección de nuestros defectos, y armonizando nuestro ser con el Plan Divino. Y al igual que el Creador, en Su Misericordia, ha puesto estas hierbas enriquecidas en forma Divina para ayudarnos en nuestra victoria, salgamos a buscarlas y usémoslas de la mejor manera

que podamos, para que nos ayuden a subir la montaña de nuestra evolución, hasta el día en que hayamos llegado a la cima de la perfección.

Hahnemann se había dado cuenta de la ley de “lo similar cura lo similar”, que en realidad significa que la enfermedad cura las acciones erróneas; que la verdadera curación es un paso superior a este; el amor y todos sus atributos expulsan al mal.

Para la correcta sanación no debe usarse nada que alivie al paciente de su propia responsabilidad, sino que sólo deben adoptarse aquellos medios que lo ayuden a superar sus defectos.

Ahora sabemos que ciertos remedios de la farmacopea homeopática tienen el poder de elevar nuestras vibraciones y nos ayudan a lograr una mayor unión entre nuestro Yo mortal y nuestro Yo Espiritual, y alcanzar la cura con la armonía así lograda.

Finalmente, es nuestra tarea purificar la farmacopea, e incorporar nuevos remedios hasta que incluya sólo aquéllos que sean beneficiosos e inspiradores.